

# CAEI

Centro Argentino  
de Estudios  
Internacionales

# Las compuertas geopolíticas del siglo XX

*por* Alberto Hutschenreuter

*Working paper # 04*  
*Programa Geopolítica*



## Las compuertas geopolíticas del siglo XX

Por Alberto Hutschenreuter<sup>1</sup>

### El orden emergente de los 90: ¿geopolítica sin territorio?

Como uno más de los vocablos afectados y hasta en alguna medida arrasados por el vendaval de la globalización durante los años noventa, la palabra geopolítica prácticamente desapareció de los múltiples debates que por entonces intentaban exponer, a manera de *fotografía del futuro*, cuál sería la reconfiguración del orden internacional del siglo XXI.

Por entonces, para algunos especialistas, el profundo cambio de orden internacional obligaba a *deconstruir la disciplina promoviendo un inédito re-pensar en la materia*.<sup>2</sup> Precisamente, la denominada *geopolítica crítica* tendía a desplazar, cuando no ignorar, el impacto de la geopolítica argumentando que la política mundial debía buscar la comprensión desde una perspectiva interpretativa o discursiva antes que desde una serie de *verdades divinas* tales como la separación a escala global entre poderes terrestres y poderes marítimos.<sup>3</sup>

En otros términos, la *geopolítica crítica* o *nueva geopolítica* se proponía desenmascarar los supuestos geopolíticos (presentados casi como únicos) en los que se basaban determinadas políticas nacionales, por caso:

La intervención estadounidense en Vietnam en los años sesenta se basó en una serie de supuestos. El primero fue que la participación estadounidense era indispensable para la contención geográfica del comunismo mundial [...] El segundo, que es inseparable de los principios de la contención, fue que la analogía histórica indicaba la universalidad de ciertas verdades geográficas, tales como el efecto dominó (un país tras otro irán cayendo si no se toman medidas en el primero), la conexión (Vietnam sólo podía ser entendido con relación al omnipresente conflicto entre los Estados Unidos y la URSS) o la credibilidad (si no se tomaban medidas, otros aliados -más importantes- se cuestionarían su relación con los Estados Unidos).<sup>4</sup>

Más todavía, siguiendo la simplista y restringida tendencia *finalista* que tras la desaparición de la competencia bipolar fue rápidamente alcanzando a las diferentes disciplinas, la geopolítica, disciplina que desde hacía poco más de un siglo pugnaba por sistematizar en clave política y en base a ideas y acontecimientos el espacio físico local, regional, nacional, continental y global, perceptiblemente dejó de ser materia de referencia y consulta, en tanto había sido arte y parte no solamente de un mundo que ya no existía, sino de un mundo cuyo agente más concluyente había sido la violencia, el conflicto y la fragmentación.

Por tanto, si había entonces una disciplina merecedora de descrédito en los albores del denominado *nuevo orden internacional*, esa disciplina era la geopolítica. Casi de la misma manera que se asocia

---

<sup>1</sup> Doctor en Relaciones Internacionales. Coordinador del Programa Geopolítica del Centro Argentino de Estudios Internacionales. Profesor titular de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Aérea. El presente artículo es parte introductoria de una investigación en curso.

<sup>2</sup> Bernardo Quagliotti de Bellis, *Geopolítica tradicional, geopolítica crítica*, La Onda Digital, [www.laondadigital.com](http://www.laondadigital.com) (disponible en línea).

<sup>3</sup> Phil Kelly, Luisa Pérez, *Una revisión de la geopolítica crítica*, Argentina Global, Nro 15, setiembre-octubre 2004.

<sup>4</sup> John Agnew, *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*, Trama Editorial, Madrid, 2005, p. 9.



a un partido político gobernante por largo tiempo en el poder el declive de un país viable, en gran medida la geopolítica, es decir, su práctica, aparecía como responsable de los padecimientos sufridos por los países desde hacía al menos setenta años.

Para peor, dichos padecimientos habían tenido lugar bajo términos de inexistencia de un régimen internacional, es decir, cuando más los países tendían a la desconfianza y, por tanto, más potenciaban la autoayuda, pero también en tiempos de existencia de regímenes internacionales, esto es, en tiempos de pautas de convivencia interestatal, situación que más la descalificaba.

Desde los años veinte, pero particularmente desde los años treinta, la geopolítica, *secuestrada* por un régimen que la transformó en una idea y una práctica de expansión territorial de base ultranacional, racial y militar, quedó fatalmente asociada a una forma de ejercicio de poder estatal e interestatal crudamente *hobbesiano* y *darwiniano* que finalmente arrastró a las naciones al estado de guerra total. Seguidamente, el régimen bipolar implicó una granítica división geopolítica de las naciones en condenatorios espacios o esferas de influencia. En breve, no parecía haber dudas respecto de los componentes perniciosos de la geopolítica a la hora de proyectar un régimen internacional en base al reparto de justicia y respeto de soberanía de los Estados.

No obstante, a diferencia de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando el vocablo (pero no su ejercicio) fue proscrito de los debates, en los comienzos del pregonado nuevo orden internacional la geopolítica, que había iniciado un tímido retorno desde los años setenta y que en los ochenta ante la fuerte impronta de la tesis que auguraba un mundo en clave de bloques regionales había regresado de la mano de la geoeconomía, no sufrió esta vez una nueva proscripción, aunque ahora su continuidad quedó muy supeditada a su disposición a reconvertir (o más bien a eliminar) lo que se consideraba era *su sustancia predominante*, esto es, la valoración político-territorial como factor de incremento de poder nacional *en relación* a otras naciones, a fin de ser arte y parte de ese nuevo orden o régimen donde, aparentemente ahora, las condiciones hacían posible pensar lo *institucional* por sobre lo *relacional*.

En efecto, si la geopolítica aspiraba a pervivir en el nuevo mundo, necesariamente debía volverse una disciplina algo más que multitemática, una suerte de *geopolítica especializada*, cambio que prácticamente implicaba la disolución de la disciplina en un magma genérico, es decir, la desnaturalización de una disciplina que siempre se caracterizó por su carácter multidisciplinario, aunque sin perder jamás su sustancia que, en verdad, originalmente había sido la incidencia y consecuencia del factor geográfico en el transcurrir político de los Estados.

Pero la geopolítica no solamente se enfrentó al fenómeno de su desnaturalización, sino a su misma desconsideración: en tanto el signo más concluyente de la globalización se manifestaba en el debilitamiento del factor territorial del mundo de los Estados, por caso, en la evanescencia de las fronteras nacionales, la *muerte de las distancias*, la erosión de las soberanías físicas de los Estados, etc., el neto sentido de espacio o territorio, es decir, la propiedad de la geopolítica a partir de la cual políticamente los sujetos tradicionales de la disciplina (los Estados) encaraban ideas y prácticas, se tornaba casi irrelevante.

Asimismo, como tradicionalmente sucedía tras el final de una etapa o régimen internacional de cuño *darwinista*, a principios de los años noventa la esperanza volvió a instalarse en el seno de la comunidad internacional: con más fuerza que nunca, y en paralelo a una *tercera ola* de



democratizaciones nacionales y una ostensible voluntad *onusiana*, la seductora lógica comercio-económica a escala casi global hacía posible pensar relaciones entre Estados *fondeadas* a un patrón u orden altamente inconveniente de romper. En apariencia, se daban condiciones para una reconfiguración en base del siempre anhelado, mas nunca alcanzado, modelo *kantiano*.

Desde ese punto de vista, el tránsito *de la geopolítica a la geoeconomía* durante los años noventa implicaba no solamente basar las relaciones internacionales en la predominancia de los *Estados-comerciales*, sino dar lugar a la posibilidad de responder uno de los viejos interrogantes de las relaciones internacionales, el *Kant or Cant*, según un excelente trabajo de principios de los noventa<sup>5</sup>, es decir, el supuesto impedimento de llegar a confrontaciones entre democracias crecientemente vinculadas a través de flujos comerciales.

El principal valedor de esta *imagen internacional ad portas*, Richard Rosencrance, iba un poco más allá cuando aseguraba incluso que la relocalización de la producción y la actividad comercio-económica-tecnológica iría dando lugar a una nueva forma de Estado cada vez menos central y territorial y cada vez más descentralizado y virtual: con la desaparición del *Estado geográfico y territorial* desaparecería una de las causas históricas de los enfrentamientos, que había sido la pugna por tierras o espacios<sup>6</sup>.

Sin embargo, más allá de estos promisorios y en alguna medida fehacientes datos, cuando observamos algunos acontecimientos que tuvieron lugar durante tan solo los últimos quince años, no podemos más que preguntarnos si no resultó engañoso y hasta peligroso haber desestimado o devaluado la importancia de patrones de orden territorial en un mundo *aplanado* en el que supuestamente *ya no había espacio* para la geopolítica.

## De la geopolítica a la geopolítica

Tres de los acontecimientos más significativos que sucedieron en el mundo que sobrevino al mundo de la geopolítica tuvieron un marcado ascendente político-territorial y por ello revalidan y re-sitúan sensiblemente las premisas tradicionales en que se ha basado la disciplina.

Los tres acontecimientos han tenido y tienen sensibles consecuencias en las relaciones inter e intraestatales, pero, acaso lo más importante, en buena medida la reconfiguración final del escenario global durante la presente centuria está vinculado a los mismos. Considerémoslos a continuación a fin de tener presente la vivacidad de la geopolítica.

Durante la segunda mitad de la década del noventa, la efectiva expansión de la OTAN en dirección del espacio europeo centro-oriental representó sin duda alguna el hecho no solamente más concluyente de la victoria de Occidente en la contienda bipolar, formalmente terminada con el desplome de la Unión Soviética, sino un suceso categórico de continuidad geopolítica.

La decisión adoptada por la Alianza Atlántica implicó algo más que proporcionar cobertura político-militar a los denominados *huérfanos estratégicos* de la Europa des-sovietizada: implicó abandonar el

<sup>5</sup> Christopher Layne, *Kant or Cant. The Myth of the Democratic Peace*, International Security, Vol 19, No 2, Fall 1994, p.5.

<sup>6</sup> Richard Rosencrance, *The Rise of the Virtual State*, Foreign Affairs, July-August 1996, Volume 75, Number 4, p. 46.



estático concepto de *defensa avanzada* de la Alianza, es decir, la preservación vía militar de una parte del espacio noroccidental ante un eventual ataque por parte del bloque militar del Este, para pasar al dinámico concepto de *presencia avanzada*, esto es, la influencia directa de Occidente en prácticamente la totalidad del espacio europeo y más allá también<sup>7</sup>; en breve, algo así como una suerte de *nueva Yalta*, pero esta vez sin ningún espacio (europeo) que dividir.

El especialista Sergei Karaganov, uno de los más respetados analistas rusos en política exterior, ha expresado lo que se ha vuelto una percepción compartida en la Rusia actual en relación a la ampliación de la OTAN:

La lógica de Occidente para la ampliación era geopolítica: hacer entrar a las antiguas repúblicas soviéticas y los Estados socialistas de la Europa Central y Oriental en la esfera de influencia política y económica de Occidente.<sup>8</sup>

Pero la ampliación no solamente implicaba *ningún espacio europeo que dividir* y mucho menos repartir. Aunque en Occidente se insistiera en que la desconfianza había desaparecido con el fin de la Guerra Fría, estaba dirigida a un actor al que ya no había que contener, es cierto, pero sí, a manera de *prevención geopolítica*, adelantarse al casi seguro *regreso* del instinto natural de Rusia a sus *vicios geopolíticos*: la expansión y la determinación de esferas o espacios de influencia, dos términos que han signado a la disciplina durante el siglo pasado.

Por ello, bien advertía el especialista que la ampliación de la Alianza Atlántica se fundaba en criterios o reflejos geopolíticos propios del conflicto supuestamente superado.

Además, la ampliación de la OTAN ha significado que la propia Europa no ha salido de la Guerra Fría. Ningún tratado de paz puso fin a la Guerra Fría, por lo que permanece inacabada. Pese a que el enfrentamiento militar e ideológico de aquellos tiempos ha quedado muy atrás, se le está sustituyendo por un nuevo punto muerto: entre Rusia, por un lado, y, por otro, Estados Unidos y algunos de los “nuevos europeos” [...] Europa, Rusia y EE.UU. deben poner fin a la “guerra inacabada”. Después, tal vez en 2019, año en que se cumplirá el centésimo aniversario del Tratado de Versalles, podremos despedirnos del siglo XX.<sup>9</sup>

En la mañana del 11 de setiembre de 2001 ocurrió otro notable acontecimiento: el devastador ataque perpetrado por el terrorismo transnacional a blancos situados en el territorio perteneciente a la única superpotencia mundial.

Desde nuestra disciplina de estudio, la geopolítica, acaso lo más relevante del acontecimiento estriba en que el responsable de los ataques era un actor no estatal, dato no menor si consideramos que tradicionalmente las ideas y las acciones geopolíticas eran concebidas y desplegadas por los Estados, ora hacia dentro, ora hacia otros Estados. Ello era así al punto que, antes de aquella fecha fatídica, el Comando de Defensa del Espacio Aéreo de América del Norte (NORAD, creado para

---

<sup>7</sup> Es pertinente recordar que en el documento de la OTAN denominado *Comprehensive Political Guidance*, de 2006, se habla de *distancia estratégica*; de acuerdo a este concepto, la defensa colectiva continúa siendo el propósito central de la Alianza; no obstante, caso por caso y siempre considerando el consenso, la OTAN deberá estar lista para participar en operaciones de gestión de crisis a *distancia estratégica* de sus lindes territoriales.

<sup>8</sup> Sergei Karaganov, *La inacabada Guerra Fría*, Nación.com/Opinión, Costa Rica, 10 de agosto de 2009, [www.nacion.com](http://www.nacion.com) (disponible en línea)

<sup>9</sup> *Ibíd.*



contrarrestar la amenaza soviética) consideraba que el principal peligro que enfrentaba el territorio nacional era un ataque con misiles proveniente desde fuera de éste; es decir, continuaba prevaleciendo la percepción del enemigo operando desde el exterior. Pero la amenaza de terroristas secuestrando aeronaves comerciales dentro del espacio nacional y utilizándolos como misiles nunca había sido contemplada.<sup>10</sup>

El violento ataque del 11-S implicó un fenómeno de *des-territorialización* y *territorialización* extraordinario en la geopolítica evaluada y practicada por este *viejo* y *nuevo* actor no estatal.

En efecto, durante la década del noventa se produjo un cambio radical en el accionar espacio-territorial del terrorismo: como bien observara uno de los principales expertos en la cuestión, al referente de la confrontación contra el *enemigo cercano*, esto es, los gobiernos apóstatas de países con poblaciones mayormente musulmana, el terrorismo (o más apropiadamente el *yihadismo*) incorporó la confrontación contra el *enemigo lejano*, es decir, países no musulmanes. En otras palabras, se amplió sensiblemente el teatro geopolítico de la violenta actividad terrorista.<sup>11</sup>

Desde nuestra disciplina, bien podríamos decir entonces que el 11-S representó el punto más extremo de esta ampliación geopolítica de un fenómeno que *des-territorializaba* sus acciones para *re-territorializarlas*, en este caso, en el espacio nacional más seguro y protegido del planeta. Desde entonces, detalle geopolítico categórico, Estados Unidos, perdió esa condición de *territorio seguro* del que disfrutaron otros poderes preeminentes en el pasado, y, a pesar de ostentar un poder por lejos inigualable, su territorio nacional es tras el 11-S inseguro como no lo ha sido el territorio de ninguna otra potencia preeminente a lo largo de la historia, al punto que, de vivir tradicionalmente bajo una mentalidad de amparo producto de una ubicación física privilegiada, pasó a vivir bajo una mentalidad de asedio.<sup>12</sup>

La elección de dicho espacio por parte del terrorismo no fue azarosa, y aquí también existe un dato de alto contenido geopolítico que, en buena medida, explica no solamente el por qué de la *re-territorialización* de los actos del terrorismo en determinados Estados, sino la característica más novedosa de éste. Específicamente, nos referimos al cambio del accionar del actor no estatal en relación a la ampliación de políticas y prácticas de alcance global por parte de un actor estatal.

Acaso la característica más distintiva del *nuevo terrorismo* se encuentre en relación directa con la contraparte a la que éste determina como blanco de su lucha: mientras que el terrorismo tradicional operaba contra un actor estatal concreto y en función de *políticas internas* de este actor estatal, el nuevo terrorismo también opera en contra y en función de políticas de un actor estatal concreto, aunque ya no son las políticas de orden interno sino que lo son las de alcance global, concretamente, las de la entidad estatal preeminente.<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> *Operación aviones, The 9/11 Report*, Comisión Nacional sobre los ataques terroristas en los Estados Unidos, Círculo Militar, República Argentina, p. 25.

<sup>11</sup> Fernando Reinares, *¿Qué estrategia tiene el terrorismo internacional?* El País, 8 de julio de 2005, p. 24.

<sup>12</sup> Zbigniew Brzezinski, *El dilema de EE:UU. ¿Dominación global o liderazgo global?* Paidós Estado y Sociedad, Barcelona, 2005, p. 13.

<sup>13</sup> Alberto Hutschenreuter, Daniel Rodríguez, *Terrorismo y sistema internacional*, Globargentina, 2002 (no disponible en línea).



El tercer seísmo geopolítico de nuestro tiempo lo representa la proyección de poder sin precedente de los Estados Unidos. Efectivamente, como señala Z. Brzezinski, se trata de la *primera, única y última superpotencia global extensa*: global por el alcance, extensa por el papel protagónico en los cuatro segmentos primordiales de poder, el económico, el tecnológico, el cultural y el militar.<sup>14</sup>

Pero es la dimensión o el *sentido de espacio*, para expresarlo en términos del geógrafo alemán Friedrich Ratzel, lo que desmarca a Estados Unidos de otros poderes: durante los noventa, y sobre todo desde principios de la centuria actual, Estados Unidos, el único país grande y rico del mundo, se ha convertido en el principal actor del área que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Asia Central, un espacio o *continuum* que, dada la densidad de factores que concentra, es sin duda el verdadero *heart-space* del planeta, esto es, un *activo espacial mayor* cuya preponderancia o control sobre el mismo asegura a la potencia preeminente un nivel adicional de predominancia a escala global,<sup>15</sup> aunque, para ser justos, también un incremento en el nivel de descontento antinorteamericano.

En buena medida, y éste sin duda es otro impacto en nuestra disciplina, ello obedece a que la percepción geopolítica de la amenaza por parte de la potencia preeminente se modificó marcadamente: la amenaza dejó de situarse en un espacio estatal perfectamente definido, digamos al Este de Alemania, para pasar a situarse en un zona indefinida que bien podríamos denominar *espacios a-estatales de violencia variable* (AAVV), un espacio vasto situado a miles de kilómetros de los territorios nacionales occidentales. Por tanto, la preservación de la seguridad interna solamente es posible si se proyectan fuerzas y recursos a dichos espacios.

Siempre dentro de esta singular calificación de superpotencia global extensa, otro de los datos contundentes en materia de influjo del factor geopolítico actual nos ofrece la notable diseminación de bases militares: con excepción del territorio antártico, Estados Unidos está presente en la totalidad del globo. Según el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, en 2007 había 823 bases militares en los países del globo, en tanto en los *territorios* disponían de otras 86 bases. Tomado así, parecería simplemente un dato cuantitativo, aunque sin duda relevante: efectivamente, como lo denomina un estudioso, un *imperio de bases*<sup>16</sup>.

Pero el actual *sistema global* de bases estadounidense nos proporciona un dato geopolítico de naturaleza cualitativa que implica un sensible nivel de desmarque frente a otros actores preeminentes: si en el pasado el sentido de espacio de las bases implicaba recabar información del bloque del Este, hoy la función continúa siendo la misma, pero en relación a una escala global y, en muchos casos, no solamente sin compartir resultados ni siquiera con sus socios más confiables, sino utilizando la información clave en contra de algunos de ellos, como de hecho sucedió en cuestiones comerciales con el propio Reino Unido, su principal aliado atlántico.

---

<sup>14</sup> Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós Estado y Sociedad, Barcelona, 1998, p. 33.

<sup>15</sup> En su último trabajo, el estadounidense Robert Kaplan sostiene que las divisiones artificiales trazadas durante la Guerra Fría se están borrando, dando lugar a nuevos contornos geográficos, por caso, en lugar de Oriente Medio y el Sur de Asia, existe un espacio orgánico y fluido formado por el borde sur de Eurasia: desde el Cuerno de África hasta el Estrecho de Malaca y el archipiélago de Indonesia, y desde allí hasta el Mar de Japón; ver: [www.fp-es.org](http://www.fp-es.org) (disponible en línea).

<sup>16</sup> Chalmers Johnson, *Las amenazas del imperio. Militarismo, secretismo y fin de la república*, Crítica, Madrid, 2004, p. 173.



En este sentido, el control sobre ese *espacio a-territorial pos-estratégico* denominado *noosfera o envoltura que rodea la tierra y está formada por millones de redes cableadas o radioeléctricas por la que transita un sinnúmero de órdenes e información* (para expresarlo en términos de defensa de Francia) asegura un categórico ejercicio o estructura de *poder suave* panóptico y panauditivo<sup>17</sup> que, efectivamente, distancia a Estados Unidos del resto.<sup>18</sup>

En todos estos acontecimientos brevemente destacados, la ascendencia del factor territorial resulta por demás insoslayable. Pero es la acción política en relación a dicho factor lo que los convierte en acontecimientos de orden eminentemente geopolíticos. Ellos se distinguen de otros acontecimientos también mayores que afectaron sobremanera las relaciones internacionales e intraestatales durante los últimos lustros, por caso, crisis financieras, catástrofes medioambientales, etc., precisamente por el concepto y el acto político deliberado en relación a un espacio físico determinado.

Pero hay algo más todavía. Si dejáramos por un momento estos casos geopolíticos descriptos y solamente consideráramos el *régimen* de la globalización, es decir, la preeminencia de un patrón de ordenamiento basado en un pronunciado ascendente comercio-económico al que se sumaron entusiastamente la mayoría de los países durante *los frenéticos noventa*, bien podríamos concluir que dicho régimen operó como un factor de desinhibición y hasta desactivación de rivalidades interestatales, en tanto la globalización aferraba a los países a un casi único núcleo de alternativas favorables para los países y, por tanto, para la comunidad internacional.

Sin embargo, si bien efectivamente la globalización ofreció alternativas propicias, también implicó una forma de ejercicio de poder por parte de los centros que más la *rentabilizaron* y, en función de sus intereses nacionales, supieron valerse de ella.

Básicamente, bajo formas más *etéreas*, la naturaleza de la geopolítica durante los años noventa continuó asociando intereses nacionales con espacios determinados: lo que bien podríamos denominar *era pos-geopolítica* implicó un contundente proceso de debilitamiento *a-territorial* de los catalogados como *mercados* (espacios) *emergentes* llevado adelante por *Estados globalizantes* que, con ese propósito, que no guardaba relación alguna con propósitos relativos a la optimista *imagen* de una *aldea global*, desplegaron políticas que *predispusieron* a los *Estados globalizados* a *relajar* sus capacidades regulatorias y, seguidamente, abrir sus economías.

De manera que tras el conflicto bipolar, el *agente pos-geopolítico* se convirtió en aquel que no solamente lideró el espacio físico (básicamente se trata de agentes preeminentes de la política mundial), sino aquel que traspuso a los demás sin necesidad de utilizar recursos duros: una suerte de *geopolítica a lo Sun Tzu*, es decir, de ejercicio indirecto. Bajo esta nueva perspectiva de la geopolítica, el gobierno estadounidense durante los años noventa, lejos de los grandes diseños geopolíticos aplicados en el pasado, alcanzó resultados inestimables en relación al interés nacional.

Desde este cambio de forma (pero no de fondo) de la disciplina en cuestión durante los años noventa, bien podríamos sostener, sin temor a equivocarnos y parafraseando a Carl von Clausewitz,

---

<sup>17</sup> José Vidal-Beneyto, *Espías sin fronteras*, El País, 26 de febrero de 2000, p. 6.

<sup>18</sup> Fareed Zakaria utiliza este término (sonoramente peyorativo) cuando se refiere al lote de potencias en ascenso.



que en tiempos de globalización *la geopolítica entrañó la continuación de la geopolítica por otros medios.*

## **Las compuertas geopolíticas del siglo XX**

Podríamos continuar desarrollando temas y situaciones cuyo patrón primario de análisis es medularmente geopolítico y, en el caso específico de la globalización, *pos-geopolítico*, pero los casos presentados son por demás concluyentes y, si bien son sumamente pertinentes, el propósito de este trabajo no es acerca de los seísmos geopolíticos de nuestro tiempo.

La pregunta que queda por hacernos es si los grandes acontecimientos que aguardan por delante a los Estados y a los pueblos (este *nuevo* gran sujeto del derecho internacional), y que reconfigurarán el ordenamiento final entre los mismos, se fundarán en *episodios* de cuño geopolítico (acaso algunos de los casos descritos ya lo sea). Si finalmente es así, más allá de los importantes cambios que tienen lugar en el mundo, asistiremos a una notable *continuidad* en relación al siglo XX, *un siglo de geopolítica total*, parafraseando una de las principales obras del francés Raymond Aron.

En efecto, aunque sin duda es posible identificar múltiples causas, los principales acontecimientos del siglo XX se fundan en *episodios* geopolíticos clave, aunque no siempre debidamente percibidos. Los historiadores ciertamente explicarán que, por caso, la Segunda Guerra Mundial o el desplome de la Unión Soviética, obedecieron a una serie de procesos de naturaleza política, nacional, económica, militar, social, tecnológica, ideológica, etc., pero entre todas estas irrefutables causas existió un *momento* en que la intrínseca relación entre política y espacio fue determinante en relación a esos hechos, aunque posteriormente sucedieran otros más significativos o más impactantes que precipitaran acontecimientos mayores o trascendentes.

Por supuesto que en modo alguno ello significa que la geopolítica ha sido un canon general del último siglo. Como muy bien advierten autorizados historiadores: no es posible discernir ninguna regla general que efectivamente valga para la totalidad de la centuria pasada.<sup>19</sup> No obstante, sí acaso es posible distinguir determinadas *regularidades* (por cierto, un término más apropiado y menos totalizador que regla o norma), entendiendo por *regularidades*<sup>20</sup> determinados fenómenos, en este caso territoriales, que por distintas razones que van desde la prevención hasta la omisión, pasando por la fortaleza, la debilidad, el desconocimiento, la confianza, el temor, etc., acaban convirtiéndose en cimientos de desórdenes interestatales mayores, o bien cambios intraestatales decisivos.

Ahora bien, para expresar aquella relación en términos más fácticos, el general francés André Beaufré explicaba el camino de las naciones hacia la catástrofe bélica de 1939 desde el principio estratégico-militar conocido informalmente como *cortes en rebanadas*: bajo pretexto de justa reparación, un ambicioso actor adoptaba, ante una vacilante y egoísta comunidad interestatal, una desafiante decisión (interna o externa) prometiendo que sería la última, pero, como quien rebana

---

<sup>19</sup> Niall Ferguson, *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, Debate, Barcelona, 2007, p. 40.

<sup>20</sup> Jean Baptiste Duroselle utiliza el término *regularidades* para referirse a determinadas analogías, semejanzas que parecen trascender las épocas; ver de dicho autor: *Todo imperio perecerá. Teorías sobre las relaciones internacionales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 342.



una longaniza, posteriormente adoptaba otra más desafiante y luego otra más temeraria aún, hasta que la crisis arrastraba a los principales actores al abierto enfrentamiento.

La guerra total que se inició en 1939 fue precedida de sucesivas crisis en aumento derivadas de envites cada vez más arriesgados. Los hechos han sido estudiados y descritos sobradamente: básicamente, el 15 de marzo de 1938, el año de las *grandes decisiones*, las fuerzas alemanas entraron a Austria y se proclamó la unión de este país con el Reich; a fines de setiembre de 1938 Alemania obtuvo la región de los *Sudetes*, en Checoslovaquia; en marzo de 1939, tras el anuncio de Hitler respecto a que todas las demandas territoriales del Reich habían sido satisfechas, unidades alemanas ingresaron al territorio de una sacrificada Checoslovaquia y transformaron a esta creación de Versalles en el protectorado alemán de Bohemia y Moravia, al tiempo que se reconocía la *independencia* de Eslovaquia. Posteriormente, en agosto de ese año, Berlín pactó con Moscú el reparto del territorio polaco, y el primero de setiembre invadió Polonia.

Pero entre todos estos hechos hay un episodio clave: la ocupación militar del territorio de Renania por parte de Alemania, el 7 marzo de 1936, precisamente el año que la Francia defensiva y conservadora finalizó la parte esencial de la Línea Maginot (un hecho clave), y la denuncia del control internacional de los ríos Rin, Elba, Oder y Danubio.

El hecho representó el primero de una serie de movimientos militares, pero sobre todo fue el último de una sucesión de *tres momentos* eminentemente geopolíticos, o, acaso más apropiadamente, *anti-geopolíticos*,<sup>21</sup> por parte de aquellos actores que debían salvaguardar la paz y la seguridad internacional (primordialmente europea) después de 1918: desaciertos, en relación a la reconfiguración del orden territorial europeo; des-responsabilizaciones, en cuanto, básicamente, a la reorientación de la concepción militar francesa; y especulación y asentimiento, en relación al inmovilismo de las potencias occidentales ante las iniciativas militares-geopolíticas de Berlín, especialmente ante la aludida ocupación militar.

El interés político del régimen alemán volcado sobre un espacio geográfico, en este caso Renania, región germana desmilitarizada y cuyo estatuto estaba garantizado por el Tratado de Versalles y el Pacto de Locarno, era muy poderoso, pero no así la fuerza militar de la Alemania de entonces: el propio general Heinz Guderian sostuvo en 1945 que los efectivos alemanes que entraron al territorio no estaban preparados para afrontar un enfrentamiento militar, e incluso lo hicieron bajo órdenes directas de retirarse si los franceses reaccionaban. Sin embargo, la insensata política de aquiescencia y crédito por parte de los poderes europeos hasta ese momento más fuertes dejó escapar la que fuera la última oportunidad de detener con firmeza a un régimen cuyos líderes, sobre todo el principal, jamás habían ocultado su verdadero propósito, acaso el propósito territorial más ambicioso del siglo: primordialmente, la predominancia de Alemania sobre los grandes espacios euroasiáticos, idea que echaba por tierra la convergencia geopolítica ruso-alemana pos-1918 defendida con ahínco por el principal geógrafo alemán, Karl Haushofer.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> El concepto *anti-geopolítica* puede asumir diferentes significados: por un lado, implica el compromiso o involucramiento militar de un actor preeminente en un territorio en el que no están en juego sus intereses; por otro, el término implica la promoción de la idea y la práctica de diseños territoriales incongruentes o desequilibrantes con *pautas* de seguridad nacional e interestatal.

<sup>22</sup> Durante los años veinte, un grupo de geopolíticos alemanes y rusos encabezados por K. Haushofer y P. Savitski, respectivamente, habían concluido que era imperativo alcanzar una alianza euroasiática. Para el experto alemán, la clave no pasaba por la unidad de la sangre sino por la unidad de las fronteras.



En clave de *compuertas geopolíticas*, en tanto nos referimos con este término a situaciones o sucesos determinantes para que el mundo discurriera (en este caso) hacia el gran acontecimiento de violencia extrema que fue la Segunda Guerra Mundial,<sup>23</sup> los tres momentos que tuvieron lugar entre 1918 y 1936, la *antesala geopolítica* de la catástrofe, sin duda que merecen un desarrollo mayor. Por ello, aquí sólo realizamos un esquema o anuncio de los mismos.

Pero también otros acontecimientos capitales del siglo XX pueden ser descriptos desde dichas lógicas o *compuertas geopolíticas*.

El desenlace de la gran conflagración mundial implicó una reconfiguración interestatal en base a la geopolítica: más allá de que probablemente la contienda global entre Estados Unidos y la Unión Soviética hundía sus raíces en 1917, el régimen bipolar predominante hasta casi el final del siglo tuvo un punto de partida geopolítico: las negociaciones llevadas a cabo en Yalta, en febrero de 1945: hasta la fecha, nadie ha desmentido que en la que fuera la conferencia más trascendente del siglo los países que para entonces ocupaban avanzados espacios en Europa deliberadamente pautaran, en relación a este espacio, *cotos* o *esferas de influencia*, por demás, dos conceptos profundamente geopolíticos.

La *victoria* de Estados Unidos en la contienda con la ex Unión Soviética obedeció a una pluralidad de factores, sin duda alguna, pero la decisión estadounidense de poner fin a una era de humillaciones y retomar la política de reafirmación de intereses y, más aún, la búsqueda de la *decisión* en la Guerra Fría, tuvo su origen en una lejana concepción predominantemente geopolítica que lo involucró en un conflicto en el Sudeste asiático, conflicto que marcó el inicio de aquel ciclo de humillaciones que se extendió hasta fines de los años setenta.

En otros términos, el cambio que estratégica y militarmente le imprimieron a Estados Unidos el *último* Carter (es importante destacar esto) y sobre todo Reagan en los años ochenta, cambio que finalmente decidió nada más y nada menos el curso de la competencia con la URSS, se originó en una presunción de cuño geopolítica, la *teoría del dominó*, apreciada y temida por los pensadores y planificadores norteamericanos de Guerra Fría a fines de los años cincuenta.

En otro orden, hacia mediados del siglo XX, los países de América Latina desplegaban una retórica integracionista que ciertamente no se correspondía con las realidades, es decir, con las marcadas posturas centradas en los Estados y la cerril defensa de las fronteras nacionales.

En buena medida, eran los patrones de la geopolítica los que robustecían dichas realidades, pero no se trataba de patrones geopolíticos tradicionales facilitadores de la conformación de espacios regionales de complementación, lo que implicaría una *geopolítica de amalgamamiento*, esto es, una *geopolítica sustentable y pro-complementación*: se trataba de *patrones geopolíticos de fisión*, esto es, pautas geopolíticas importadas de los *Estados orgánicos* o *vivientes* de la Europa Central donde las ideas y las prácticas políticas acerca del territorio habían inficionado a la disciplina, transmutándola en una agresiva herramienta de expansión de las fronteras nacionales y de

---

<sup>23</sup> No se debe confundir el concepto de *compuertas geopolíticas* del siglo XX con el de *códigos geopolíticos*; este último hace referencia, como bien lo precisa su autor, el estadounidense John Lewis Gaddis, a los supuestos geográfico-políticos en los que se funda la política exterior de un país.



susplicacia entre los Estados; la consecuencia más negativa de este extraño implante implicó el afianzamiento interestatal regional de lo que apropiadamente se ha denominado *Ley de antipatía vecinal*<sup>24</sup>, dato que, en gran medida, explica el muy tardío (e incluso todavía precario) proceso de complementación entre los países de la región.

En el caso anterior no tenemos específicamente un gran acontecimiento equivalente a otros que tuvieron lugar durante la centuria, y que aquí son presentados; no obstante, consideramos importante incluir la realidad de los países de la región, siempre desde pautas claramente geopolíticas que operaron en clave de disgregación, puesto que no solamente nos ayuda a comprender cuestiones del pasado que todavía influyen en el presente, sino que resulta por demás interesantes al momento de pensar la reconfiguración del sistema internacional del futuro.

Pasando a otro caso, el final de la Unión Soviética en 1991 tiene, entre otras pero en buena medida, una causa geopolítica central: la notable expansión de sus intereses o esferas de influencias durante los años setenta. Aunque si bien la proyección implicó que por vez primera Moscú llegara prácticamente a todos los espacios del globo y coadyuvó a reotorgarle al pétreo régimen soviético una *legitimidad* basada no ya en la ideología sino en el despliegue del *poder duro*, la ausencia de consideraciones de naturaleza geo-económica en relación a la *triumfal* expansión geopolítica acabó sobrecargando fatalmente los viejos problemas estructurales de la economía nacional.

Desde luego que la cuestión teórica respecto de la erosión de la economía por *sobre-extensión* imperial no es novedosa: autores como el historiador italiano Carlo Cipolla se dedicaron al estudio de *la decadencia económica de los imperios*; pero el caso de la caída del imperio soviético centrando su causa en el enorme costo de mantención de las diferentes *placas externas* de predominancia, es decir, en lo estrictamente geopolítico, acaso no ha sido demasiada estimada como un agente decisivo de cambio. En general, las posibilidades de cambio en la ex Unión Soviética siempre estuvieron asociadas a variables de cuño interno, específicamente, a la emergencia de un nuevo liderazgo generacional.

Por otra parte, el carácter prácticamente irreductible del conflicto israelo-palestino en el siglo en cuestión también se funda en diferentes patrones, pero, particularmente desde el lugar de Israel, existen patrones geopolíticos insoslayables sobre los que en buena parte descansa la intransigencia que caracteriza dicho conflicto. La ocupación de espacios territoriales críticos por parte de Israel durante la confrontación de 1967, como así la singular concepción del país en relación al significado protohistórico que poseen dichos territorios para *el pueblo*, no *el Estado*, de Israel ha sido y será la cuestión más compleja en relación a ese gran acontecimiento de insatisfacciones y violencia paroxística casi permanente que es el Oriente Medio.

Más allá de estos acontecimientos centrales del siglo XX, hay otros que merecen detenimiento: algunos tuvieron lugar dentro de los propios grandes acontecimientos y acabaron siendo decisivos en el curso que tomaron los mismos, por caso, en junio del año 1941, cuando Alemania decidió militarmente avanzar sobre el gran espacio del Este, espacio que verdaderamente anhelaba conquistar con el fin de reducirlo a un gran territorio-colonia; incluso hay situaciones predominantemente geopolíticas derivadas de acontecimientos cardinales, por caso, la victoria

---

<sup>24</sup> La expresión, que alude a las fronteras sudamericanas como *heridas que nunca cicatrizan*, pertenece al antropólogo español Tomás Calvo Buezas.



militar de Japón sobre Rusia a principios de la centuria, un acontecimiento que elevó sensiblemente la autoestima y el prestigio del ascendente país norasiático, pero que, con el tiempo, implicó una sobrecarga geopolítica imposible de sobrellevar y, finalmente, un trágico final para el pueblo nipón.

La geopolítica ha sido, es y continuará siendo una disciplina rectora en las relaciones internacionales. Es verdad que muchas veces ha sufrido una interpretación y práctica que la han convertido en una disciplina de los Estados basada no justamente en buenas intenciones, como gustan de remarcar y advertir cuando se refieren a la geopolítica los adscriptos a la corriente del realismo clásico en materia de relaciones internacionales: el régimen internacional predominante durante buena parte del siglo XX fue concluyente en este sentido.

Por otra parte, no es menos cierto es que el singular tratamiento que Alemania proporcionó a la geopolítica durante el período de entre guerra, relacionándola directamente con la sangre, la expansión y la guerra, estigmatizó a tal punto la disciplina que referirse a ella después de 1945 implicó un alto riesgo de ingresar, como bien nos advierten dos especialistas, a un terreno por demás embarazoso.<sup>25</sup>

Pero este esquema de investigación no va ni en aquella dirección ni tampoco en esta última, puesto que no trata específicamente acerca de la sustancia de las relaciones internacionales, esto es, relaciones *de* y *por* poder; asimismo, tampoco se propone salvaguardar a la disciplina de los perniciosos *desarreglos* sufridos.

Aunque efectivamente abunda en hechos asentados en cuestiones relativas a la seguridad, el interés nacional y la búsqueda de maximización del poder por parte de los Estados, al punto que el fondo teórico de la cuestión en estudio se funda en la corriente del realismo clásico, al tiempo que permanentemente hay una marcada referencia a la ecuación binaria política-espacio, el propósito de este trabajo es, ante todo, presentar y plantear la geopolítica como una cuestión de *centralidad* secular, es decir, como se sostuvo antes, presentar la relación entre política y geografía, o, dicho de otro modo, la consideración de los factores territoriales en el planeamiento político de los Estados, no como un patrón o criterio totalizador del siglo, sino como una de las más significativas *regularidades* del siglo XX y una de las principales determinantes de los acontecimientos capitales que tuvieron lugar durante el mismo.

Muy apropiadamente, el ya nombrado Raymond Aron, en una de sus obras cumbre, sostenía que *todos los órdenes mundiales han sido órdenes territoriales*. En las páginas anteriores se realizó una breve descripción acerca de cómo los desórdenes mundiales, los conflictos y los grandes cambios en la política mundial han tenido orígenes territoriales.

---

<sup>25</sup> Peter Taylor, Colin Flint, *Geografía Política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*, Trama Editorial, Madrid, 2002, p. 53. Al compás de un nuevo diseño de estructura de poder internacional de cuño realista, en los años setenta la palabra geopolítica *regresó* a los debates internacionalistas.

